



***Reunión de Expertos sobre Población y Pobreza
en América Latina y el Caribe***

14 y 15 de Noviembre 2006, Santiago, Chile

Organizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CELADE-División de Población, con el auspicio del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)

***Jóvenes, Pobreza y Dinámica Demográfica: El Eslabón del
Mercado de Trabajo***

Jürgen Weller

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

Jóvenes, Pobreza y Dinámica Demográfica: El Eslabón del Mercado de Trabajo¹

Jürgen Weller²

1. Introducción. Pobreza, Empleo y Tendencias Demográficas

La generación de empleo y de ingresos laborales es el medio básico para que los hogares pobres superen la pobreza. En la medición de la pobreza por medio de una referencia al costo de una canasta básica de bienes y servicios, este vínculo es obvio, dado que para la gran mayoría de los hogares, los ingresos laborales son la principal fuente de ingresos. Pero también en el análisis de la pobreza desde las necesidades básicas insatisfechas existe un vínculo fuerte ya que, primero, algunas de las necesidades básicas se satisfacen generalmente con el ahorro como ingreso acumulado (por ejemplo, la vivienda) y, segundo, un hogar con ingresos laborales suficientes puede compensar, por lo menos en parte, la falta de algunos servicios públicos adquiriéndolos en el mercado (por ejemplo, servicios de salud).

Para la generación de ingresos laborales suficientes para que los hogares puedan superar la pobreza, la tasa de participación ha sido detectada como un factor clave (véase, por ejemplo, Jiménez y Ruedi, 1997). De hecho, un análisis de los niveles de pobreza muestra que el estar ocupado reduce la probabilidad de ser pobre: En las zonas urbanas 40% de la población y 30% de los ocupados son pobres, mientras las cifras correspondientes a las zonas rurales son 59% y 51%.³ Sin embargo, en muchos países existe una alta incidencia de pobreza entre los ocupados, sobre todo en los países de menor ingreso por cápita y productividad laboral. Sin bien cabe señalar que la pobreza se determina a nivel del hogar, mientras la condición de actividad es una característica de los individuos, esto refleja la importancia de mejorar la productividad y los ingresos laborales de las personas ocupadas⁴. En consecuencia, el vínculo entre el empleo y la pobreza se da tanto en los niveles como en las características de la inserción laboral.

La inserción laboral de los jóvenes juega un papel muy importante para la superación de la pobreza, tanto en el corto como en el largo plazo. Sin embargo, como se verá más adelante, la inserción laboral juvenil frecuentemente es débil, lo que tiene tres expresiones: (i) Una inserción demasiado temprana, relacionada frecuentemente con altos niveles de deserción escolar. (ii) Una inserción tardía, después de prolongados períodos de desempleo o inactividad. (iii) Una inserción en segmentos de baja productividad, frecuentemente relacionada con una de las otras dos expresiones. Las consecuencias de una débil inserción laboral para la pobreza actual y futura son múltiples:

- Un bajo aporte financiero de los jóvenes al hogar a que forman parte limita su aporte a la superación de la pobreza.

¹ Este trabajo es una versión revisada y ampliada del capítulo 1 de Weller (2006). Se utilizan insumos preparados por el autor para el capítulo VI de CEPAL y OIJ (2004), con base en un procesamiento de Carlos Daroch (CEPAL).

² División de Desarrollo Económico CEPAL

³ Promedio simple de 18 países para zonas urbanas y de 14 países para zonas rurales; datos de 2002-2004 (CEPAL 2006: 323-329).

⁴ Entre los ocupados, la mayor parte de la pobreza se concentra en los sectores de baja productividad, sobre todo en las zonas rurales.

- Una débil inserción laboral dificulta y posterga la formación de hogares propios de los y las jóvenes, prologándose la dependencia de los padres y la carga financiera que esto implica. Con ello también se afecta la capacidad de ahorro de los padres y, con ello, sus ingresos futuros.
- Jóvenes con inserción laboral precaria son una parte importante de la población de riesgo con problemas de adaptación y marginación social.
- Una débil acumulación de experiencia laboral incide negativamente en los ingresos futuros de los jóvenes.
- La inserción laboral débil afecta, sobre todo, a jóvenes procedentes de hogares pobres, con lo que hay una alta probabilidad de una transmisión intergeneracional de la pobreza. Esto probablemente es más grave en las zonas rurales.

Por el lado de la demografía, qué son las principales tendencias que afectan la inserción laboral de los jóvenes⁵ Primero, la segunda transformación demográfica incide en una reducción de la proporción de jóvenes en la población en edad de trabajar.⁶ Esto implicaría una mejoría de la posición relativa de este grupo etario en el mercado de trabajo.

Segundo, la fecundidad juvenil muestra tendencias a la baja, lo que facilita la mayor permanencia en el sistema educativo, el desarrollo de experiencias vitales variadas y la inserción laboral, sobre todo, de mujeres jóvenes. Sin embargo, si bien declina, continúa alta en las zonas rurales, con lo cual los y, sobre todo, las jóvenes rurales tienen una desventaja en el mercado de trabajo, en comparación con sus coetarios urbanos, lo que profundiza sus desventajas respecto a la acumulación de capital social y humano. Además, se mantienen altas tasas medias de fecundidad adolescente. En este contexto se observa una marcada desigualdad en la fecundidad adolescente por estrato de ingreso, ya que se mantiene elevada en las adolescentes de estratos bajos, con las consecuencias desfavorables correspondientes para su inserción laboral (CEPAL 2006: 207-209).

Tercero, los jóvenes son los principales migrantes internos, tanto por razones laborales como de estudios, típicamente con una mayor proporción de mujeres entre los migrantes (CEPAL y OIJ, 2004). Por otra parte, en la migración internacional prevalecen los adultos, a causa de los requisitos organizativos, financieros, laborales, adaptativas e —en algunos casos— idiomáticos.

De esta manera, a nivel agregado las tendencias demográficas parecen favorecer la inserción laboral de los jóvenes, si bien con consecuencias heterogéneas en lo socio-económico y lo territorial.

Otro factor que influye en la inserción laboral por el lado de la oferta es la educación. La expansión de los sistemas educativos, registrada en el pasado, tiene un doble efecto con respecto a la oferta laboral juvenil. Primero, un efecto cuantitativo, pues la mayor permanencia de los jóvenes en el sistema educacional reduce la participación laboral; y segundo, un efecto cualitativo, ya que los jóvenes ingresan al mercado de trabajo con mejores niveles educativos.⁷ En consecuencia, en la oferta laboral, una menor presión de participación de los jóvenes y una mayor calidad de la mano de obra de las nuevas cohortes entrantes a los mercados de trabajo tenderían a favorecer la inserción laboral juvenil. Sin embargo, igual que respecto a las tendencias demográficas, es de suponer que este impacto sería heterogéneo, en vista del alta y, en muchos

⁵ Véase al respecto CEPAL-CELADE (2000) y CEPAL y OIJ (2004).

⁶ Por ejemplo, se proyecta que —entre 1990 y 2010— la participación de los jóvenes de 15 a 19 años en la población en edad de trabajar (de 15 a 64 años) desciende de un 17,7% a un 13,9% y la de los jóvenes de 20 a 24 años de un 16,0% a un 13,5% (cálculo propio sobre la base de CEPAL-CELADE (2004)).

⁷ Véase CEPAL (2006: 400-401) sobre el aumento de los promedios de los años de estudios de los jóvenes de 15 a 24 años.

casos, creciente segmentación de los sistemas educativos la cual desfavorece a los jóvenes procedentes de los estratos socio-económicos bajos (Naciones Unidas, 2005: 98101).

Al mismo tiempo, en la discusión sobre los cambios recientes en la demanda laboral se ha hecho hincapié en que habría un sesgo en favor de la mano de obra más calificada, a causa del cambio tecnológico y la creciente competencia en los mercados, fomentada sobre todo por la apertura comercial. En este contexto, un papel importante jugarían las tecnologías de la información, a las que las nuevas generaciones tendrían una mayor adaptabilidad debido a que están creciendo con ellas. Los jóvenes también se verían favorecidos por su mayor flexibilidad, más acorde con las nuevas pautas de la demanda laboral, mientras muchos adultos aspiran a empleos con estabilidad laboral dados las expectativas desarrolladas en el pasado, así como los altos costos de mantener una familia. Finalmente, tanto en las actividades que requieren altos niveles de calificación como en aquellas de calificación intermedia hay una elevada presencia de mujeres, lo que facilitaría una mayor inserción laboral de estas, y entre ellas, de mujeres jóvenes.

Debido a lo anterior, cabría suponer que los cambios tecnológicos y organizacionales favorecerían a aquellos jóvenes que cuentan con el capital humano y social para aprovechar estas nuevas oportunidades. Entre los de mayor edad, en cambio, se ubicarían muchos de los “perdedores” de las reestructuraciones en curso, como consecuencia de la destrucción de puestos de trabajo en rubros en contracción, la depreciación de gran parte de su capital humano (experiencia laboral específica), y las dificultades de adaptación a las nuevas tecnologías.

En consecuencia, se observan tendencias en la oferta (demografía, educación), la demanda (sobre todo, tendencias tecnológicas) y el funcionamiento del mercado de trabajo (mayor flexibilidad) que favorecerían, en términos relativos, la inserción laboral juvenil. En la sección central de este trabajo se analizan las características de esta inserción laboral, específicamente la evolución de la actividad e inactividad laboral, de los niveles y características del empleo, del desempleo y de los ingresos laborales. Se hace referencia especial a la relevancia que tiene al respecto el trasfondo familiar y la educación y se incorpora una perspectiva dinámica. El trabajo cierra con conclusiones sobre las características y dinámicas de la inserción laboral juvenil, con énfasis en los obstáculos para una contribución mayor a la superación de la pobreza.

2. Evolución de la Inserción Laboral de los Jóvenes en América Latina

En esta sección se presenta información sobre las características de la inserción laboral juvenil en América Latina, y los cambios ocurridos entre los inicios de los años noventa y alrededor del año 2002⁸. Cabe señalar que estos últimos datos ni reflejan el repunte económico vivido por la región posteriormente, ni su impacto en los mercados de trabajo, sino más bien lo ocurrido en un período de crecimiento económico mediocre, de 2,7% por año entre 1990 y 2002 y que terminó con una “media década perdida”.

⁸ Los datos presentados se basan principalmente en el procesamiento de encuestas de hogares de 17 países. El procesamiento abarcó algún año alrededor del año 2002, así como un año de los inicios o – en el caso de los países que no disponen de esta información – mediados de la década de los noventa. Para poder identificar tendencias regionales, se calcularon promedios simples de los países con información comparable. La información estadística detallada presentada en el anexo de CEPAL y OIJ (2004) permite una revisión país por país.

2.1. Evolución de la actividad y la inactividad juvenil

En América Latina, dos tendencias se destacan en el período de análisis con respecto a la participación de los jóvenes en el mercado de trabajo. Una es la caída de la tasa de participación⁹ de los hombres; la segunda, el aumento de la tasa de participación de las mujeres. Como consecuencia, se redujo la brecha de participación entre hombres y mujeres (véase el cuadro 1).

Cuadro 1 América Latina (17 países). Tasa de participación por grupos etarios y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Grupo de edad	Alrededor de 1990			Alrededor de 2002		
	Ambos	Hombre	Mujer	Ambos	Hombre	Mujer
15 - 19	38,9	52,4	25,5	37,5	47,7	27,3
20 - 24	64,2	83,8	46,1	66,9	82,5	51,9
25 - 29	71,5	94,8	50,4	76,7	94,2	60,7
30 - 64	68,3	92,8	45,9	74,2	92,9	57,3

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Como saldo de estas tendencias opuestas, en el conjunto de los jóvenes se registró un leve aumento de la participación laboral (con la excepción del grupo más joven). Este incremento fue, sin embargo, claramente menor que el de los adultos, que reflejó la masiva incorporación de mujeres adultas al mercado de trabajo.

Dado que la segunda transición demográfica en América Latina implica que el número de los jóvenes está creciendo menos que el de los adultos, el menor crecimiento de la participación refuerza la tendencia de un descenso de la proporción de los jóvenes en la fuerza de trabajo. Si bien esto tiende a mejorar la situación competitiva relativa de los jóvenes en el mercado laboral, la fuerza de trabajo de la región todavía es eminentemente joven, ya que en el 2005 un 42,7% de la población en el rango de 15 a 64 años no supera los 29 años de edad.¹⁰

La caída de la tasa de participación de los hombres jóvenes se observa en los tres grupos etarios (15 a 19, 20 a 24 y 25 a 29 años), y se acentúa en los grupos más jóvenes. En este descenso se refleja, más que todo, la mayor permanencia de los jóvenes en el sistema educativo, ya que aumentó la proporción de los estudiantes en todos los grupos etarios (véase el cuadro 2).

⁹ La tasa de participación representa la proporción de la población en edad de trabajar que se encuentra ocupada o busca trabajo.

¹⁰ Cálculo propio sobre la base de datos de CEPAL/CELADE (2004).

Cuadro 2 América Latina (15 países). Proporción de jóvenes inactivos como proporción del grupo etario, por grupo etario, sexo y tipo de inactividad, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (en promedios simples)

Grupo de edad	1990 (Porcentajes)			2002 (Porcentajes)		
	Ambos	Hombres	Mujeres	Ambos	Hombres	Mujeres
	Estudiantes			Estudiantes		
15 - 19	44,9	42,4	47,3	48,6	46,4	50,8
20 - 24	12,3	11,9	12,7	13,9	12,6	15,2
25 - 29	2,7	2,4	2,9	2,9	2,7	3,1
	Oficios domésticos			Oficios domésticos		
15 - 19	13,0	0,8	25,2	10,2	1,2	19,2
20 - 24	20,2	0,3	38,6	15,3	0,6	29,5
25 - 29	23,7	0,1	44,9	17,7	0,4	33,5
	Otros inactivos			Otros inactivos		
15 - 19	5,3	6,2	4,3	4,7	5,3	4,1
20 - 24	4,4	4,5	4,2	3,6	3,5	3,7
25 - 29	3,1	3,2	3,1	2,6	2,6	2,6
	Total inactivos			Total inactivos		
15 - 19	63,1	49,3	76,8	63,5	52,9	74,1
20 - 24	36,8	16,7	55,5	32,8	16,6	48,4
25 - 29	29,5	5,8	50,9	23,2	5,6	39,2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

A la vez, bajó la participación de los “otros inactivos”, que es el grupo que contiene el principal contingente de jóvenes en mayor riesgo de exclusión y marginación. Debido a este contexto de incremento del peso de los estudiantes y de una reducción de los “otros inactivos”, la merma de la tasa de participación de los jóvenes es una tendencia positiva. Sin embargo, todavía persisten problemas al respecto, como se indica, por ejemplo, en la elevada participación laboral de los jóvenes entre 15 y 19 años y en el hecho de que más del 5% de este grupo etario pertenece a los “otros inactivos”.

Mientras la tasa de participación de los hombres jóvenes cayó levemente, aquella de las mujeres jóvenes subió notoriamente, sobre todo en los grupos etarios mayores (20 a 24 y 25 a 29 años). Por lo tanto, la brecha de actividad con respecto a los hombres jóvenes se redujo en todos estos grupos. La mayor participación laboral no condujo a ninguna caída de la atención al sistema escolar y, como en el caso de los hombres, en todos los grupos etarios aumentó la proporción de las estudiantes, superando en todos ellos la atención escolar de las mujeres a la de los hombres de la misma edad. En contraste, bajó marcadamente la proporción de las jóvenes que se desempeñan en oficios domésticos y la de las “otras inactivas”. El incremento paralelo de la atención educativa y de la inserción laboral puede considerarse como otra tendencia positiva. Nuevamente, eso no significa que los problemas de inactividad laboral estén superados, ya que todavía una de cada cinco jóvenes entre 15 y 19 años se ocupa de oficios domésticos, lo que restringe severamente las condiciones de una futura inserción en el mercado de trabajo.

La mayor asistencia al sistema educativo se registra no solo en el aumento de la proporción de los estudiantes como porcentaje de los grupos etarios correspondientes, sino también en la mayor proporción de jóvenes ocupados y desocupados que asisten al sistema educativo. Este grupo es

muy importante, pues abarca un tercio de los ocupados entre 15 y 19 años, un quinto del grupo de 20 a 24 años y un décimo del grupo de 25 a 29 años, siendo las proporciones parecidas entre los desocupados (véase el cuadro 3).

Cuadro 3 América Latina (13 países). Asistencia educativa de jóvenes ocupados y desempleados, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En porcentajes de ocupados y desocupados, respectivamente; promedios simples)

Grupo de edad	1990			2002		
	Ambos	Hombres	Mujeres	Ambos	Hombres	Mujeres
	OCUPADOS			OCUPADOS		
	Asistencia / Total de ocupados			Asistencia / Total de ocupados		
15 - 19	26,6	25,6	30,1	34,5	32,0	39,8
20 - 24	14,9	13,4	17,6	19,9	17,0	25,3
25 - 29	7,7	7,0	9,3	11,1	9,1	14,1
	DESOCUPADOS			DESOCUPADOS		
	Asistencia / Total desocupados			Asistencia / Total desocupados		
15 - 19	30,8	30,6	31,4	28,9	26,8	32,9
20 - 24	18,8	18,5	19,2	21,2	21,2	22,1
25 - 29	9,3	9,9	9,4	11,8	13,3	11,0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Durante los años noventa hubo un aumento generalizado de estos porcentajes, tanto entre los hombres como entre las mujeres. Esto puede llevar a pensar que la situación general del mercado de trabajo durante el período de análisis ha obligado a muchos hogares a incorporar a los hijos miembros al mercado laboral. Sin embargo, dada la creciente conciencia sobre la importancia de la educación para el futuro de estos jóvenes, ello no implicaría necesariamente que los retiraran del sistema educativo. Si bien esto reflejaría un mayor esfuerzo por mejorar los niveles educativos de los jóvenes, el incremento de estos porcentajes no es una buena noticia, por cuanto la dedicación simultánea al trabajo y estudio afecta negativamente a los resultados del aprendizaje, especialmente a partir de cierto número de horas trabajadas.

Es interesante observar que los porcentajes de asistencia al sistema educativo entre los ocupados y desocupados son persistentemente más altos entre las mujeres jóvenes que entre sus coetarios masculinos, lo que coincide con su mayor porcentaje de asistencia al sistema educativo en general. Es de suponer que la causa de ello radica en que hay conciencia de que para mujeres de bajo nivel educativo existen relativamente menos oportunidades de empleo que para los hombres, por lo que aquellas harían un esfuerzo mayor por calificarse a fin de mejorar sus opciones de acceso a empleos de buena calidad.

La tasa de participación es lógicamente más alta entre los jóvenes que son jefes de hogar que entre aquellos que no lo son. Entre los hombres jefes de hogar, la participación es cercana al 100%, mientras la participación de las jóvenes jefas de hogar supera el 70%. Los datos del cuadro 4 permiten advertir que las tendencias mencionadas previamente —la reducción de la participación de los hombres y el aumento en el caso de las mujeres— son más marcadas en los jóvenes que no son jefes de hogar. Por último, detrás de la aparente contradicción de que la tasa de participación cayó casi tres puntos porcentuales para los jefes de hogar en su conjunto, mientras bajó menos de un punto porcentual en el caso de los hombres jefes y subió más de

cuatro punto para las mujeres jefas, está el incremento de las jóvenes jefas de hogar que hizo descender el promedio, debido a su tasa de participación más baja¹¹.

Cuadro 4 América Latina (17 países). Tasas de participación en la fuerza de trabajo, según jefatura de hogar y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Sexo	Alrededor de 1990		Alrededor de 2002	
	Jefe de hogar	No jefe	Jefe de hogar	No jefe
Ambos sexos	93,9	51,7	91,3	54,4
Hombre	97,5	68,5	96,8	66,5
Mujer	70,2	38,8	74,6	44,7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Ahora bien, si la jefatura de un hogar ejerce una fuerte presión a la inserción laboral, cómo influye la situación socioeconómica del hogar en la inserción de los jóvenes no jefes? En el cuadro 5 se muestra, para tres países de la región, la relevancia correspondiente de la condición laboral del jefe de hogar. La hipótesis típica al respecto es que el desempleo del jefe de hogar presiona a la fuerza de trabajo secundaria, sobre todo los jóvenes, a buscar empleo para compensar la falta de ingresos del quien normalmente sería el perceptor principal.

Cuadro 5 Argentina, Costa Rica, Venezuela. Tasa de participación y tasa de desempleo de jóvenes no jefes de hogar (15 a 22 años), según condición de actividad del jefe de hogar, 1999 (En porcentajes de la población en edad de trabajar y de la población económicamente activa, respectivamente)

Condición del jefe	Hombres (15 a 22 años)						Mujeres (15 a 22 años)					
	Ocupado		Desempleado		Oficios del hogar		Ocupado		Desempleado		Oficios del hogar	
TP y TD del joven	TP/1	TD/2	TP/1	TD/2	TP/1	TD/2	TP/1	TD/2	TP/1	TD/2	TP/1	TD/2
Argentina	45,3	23,8	57,3	30,7	54,8	0,0	35,4	27,2	64,0	47,7	0,0	0,0
Costa Rica	59,7	13,5	81,0	27,7	72,8	11,2	32,3	17,8	31,9	16,7	43,3	26,3
Venezuela	59,6	23,0	62,8	44,0	68,2	20,1	30,4	35,6	37,8	41,0	33,8	33,3

Fuente: Weller (2003).

Notas: /1 Tasa de participación. /2 Tasa de desempleo.

De hecho, generalmente la tasa de participación es más alta en el caso de los jóvenes cuyo jefe de hogar está desempleado que en el caso de los jefes ocupados.¹² La excepción son las mujeres jóvenes en Costa Rica, donde los niveles de participación son similares entre ambos grupos. En algunos casos, la tasa de participación es aún más alta entre los jóvenes cuyo jefe(a) de hogar se dedica a los oficios de hogar. Esta situación puede considerarse como situación estructural, donde el/la joven es el principal proveedor(a) de ingresos, de manera que la presión de insertarse laboralmente se asemeja a la situación de los jóvenes jefes de hogar. En contraste, el desempleo del jefe puede ser una situación de más corto plazo, por lo que la búsqueda de inserción laboral de los jóvenes puede ser transitoria.

¹¹ Durante el período bajo análisis, en el promedio simple de 17 países, el porcentaje de mujeres jóvenes que son jefas de hogar subió de 2,9% a 4,2%, mientras el porcentaje correspondiente a los hombres descendió de 20,4% a 19,4%.

¹² Además, se ha observado un mayor nivel de actividad entre jóvenes que forman parte de hogares con mujeres jefas de hogar, en comparación con jóvenes que pertenecen a hogares cuyo jefe es hombre (Schkolnik, 2003).

Entre los hombres jóvenes y, con la excepción de Costa Rica, también entre las mujeres, el desempleo es más alto en los casos cuyo jefe de hogar también está desempleado. Para ello puede haber dos explicaciones: Primero, justamente por tratarse de situaciones más transitorias, en que en parte importante de los buscadores de empleo lo hace en reacción a la cesantía del jefe de hogar, habría una mayor frecuencia de entrada al desempleo que en los otros dos grupos (jefe de hogar ocupado, o en oficios del hogar) lo que – con las mismas probabilidades de encontrar empleo – redundaría en una tasa de desempleo más alta. La segunda sería que existe un vínculo intergeneracional, donde el desempleo del jefe de hogar afectaría negativamente las oportunidades de empleo de los jóvenes.

Existe una clara diferencia entre hombres y mujeres jóvenes con respecto a su participación laboral, según el ingreso del hogar a que pertenecen (véase el cuadro 6). Entre los hombres se observa una curva de una “U invertida”, con las tasas más bajas en el primer y quinto quintil de ingresos, si bien con diferencias menores entre los quintiles.¹³ En contraste, en el caso de las mujeres jóvenes, hay una clara correlación positiva entre el nivel de ingreso del hogar y la participación laboral de este grupo. En efecto, las jóvenes pertenecientes a los hogares más pobres (primer quintil) tienen una tasa de participación inferior en alrededor de 20 puntos porcentuales respecto de sus coetarias del quintil más rico. Durante los años noventa, esta brecha disminuyó algo, dado que el aumento de la participación de las jóvenes se concentró en los primeros cuatro quintiles —mientras en el quinto, posiblemente la extensión de la permanencia en el sistema educativo fue más fuerte—, pero sigue siendo amplia.

Cuadro 6 América Latina (17 países). Tasas de participación en la fuerza de trabajo, según quintiles de ingreso per cápita del hogar y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

	Sexo	Total	Quintil I	Quintil II	Quintil III	Quintil IV	Quintil V
Alrededor 1990	Ambos sexos	56,7	46,5	53,3	58,1	62,0	64,0
	Hombres	74,7	69,7	74,5	76,6	77,4	73,9
	Mujeres	39,6	27,9	34,2	39,5	46,4	54,2
Alrededor 2002	Ambos sexos	59,3	52,2	57,5	61,7	63,9	63,0
	Hombres	73,9	71,6	74,6	76,2	74,9	70,8
	Mujeres	46,4	36,4	43,0	48,4	52,6	56,0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

En una comparación de la composición de la inactividad juvenil y sus cambios por quintiles de ingresos se observa que la proporción de los estudiantes es sorprendentemente similar (véase el cuadro 7). De hecho, sólo el quinto quintil destaca por niveles más altos, lo que reflejaría la mayor atención a estudios universitarios de jóvenes provenientes de los hogares más acomodados. Durante el período de observación la proporción de los estudiantes aumentó levemente en los quintiles II, III y IV, y marcadamente en el V, mientras se mantuvo estacado en el I, si bien su nivel se mantuvo a la par de los quintiles siguientes.

¹³ Alrededor de cinco puntos porcentuales entre la tasa más baja y la más alta.

Cuadro 7 América Latina (15 países). Proporción de jóvenes inactivos como proporción del grupo etario, por tipo de inactividad, según quintil, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

	Quintiles	Estudiantes	Oficios domésticos	Otros inactivos	Total inactivos
Alrededor 1990	Total	22,6	18,4	4,7	44,8
	Quintil I	23,0	25,8	7,6	55,4
	Quintil II	21,5	22,3	5,2	48,4
	Quintil III	22,3	18,0	4,1	43,7
	Quintil IV	22,5	14,0	3,3	39,2
	Quintil V	24,7	10,2	2,8	36,7
Alrededor 2002	Total	23,9	14,0	3,6	41,5
	Quintil I	23,0	20,9	5,3	49,2
	Quintil II	22,6	17,2	3,7	43,6
	Quintil III	23,1	13,1	3,2	39,4
	Quintil IV	24,1	10,1	2,6	36,9
	Quintil V	28,4	6,3	2,4	37,1

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

La problemática de acceso al mercado laboral que afecta, más que todo, a los jóvenes de los quintiles más bajos, se expresa en las altas proporciones de – sobre todo mujeres – jóvenes en los oficios domésticos y en el grupo de “otros inactivos”. En efecto, en 1990 un tercio de los jóvenes del primer quintil estuvo en esta situación y, si bien esta proporción bajó a un cuarto hasta 2002, todavía está en niveles preocupantes que reflejan problemas al nivel del hogar, la comunidad y la economía que obstaculizan el acceso al mercado laboral de muchos jóvenes, sobre todo mujeres. Por otra parte, la caída de la proporción de los jóvenes en oficios domésticos, registrado previamente (cuadro 2) se observa en todos los quintiles. Lo mismo es cierto respecto al grupo más problemático respecto a su condición socio-económica actual y sus perspectivas laborales, los “otros inactivos”, si bien en el primer quintil todavía más de 5% están en esta situación y, tomando en cuenta la información proporcionada por el cuadro 2, en el grupo etario más jóvenes (15 a 19 años) esta proporción debería estar mucho más alta.

Desde una perspectiva territorial, se observa que en las zonas rurales la tasa de actividad de los hombres es muy elevada (más del 60% a inicios de la presente década), incluso en el grupo más joven (15 a 19 años); y supera el 90% ya en el grupo de 20 a 24 años, siempre superior a la de sus pares urbanos, lo que refleja oportunidades de educación más limitadas. Entre las mujeres la situación es inversa, pues las escasas oportunidades de empleo para estas y los obstáculos culturales existentes limitan una mayor inserción laboral en las zonas rurales. En el período de análisis, la caída de la participación laboral de los hombres jóvenes se concentra sobre todo en los jóvenes entre 15 y 19 años de ambas zonas, urbana y rural. Esto tendría correlación con el aumento de la asistencia a la educación secundaria (véase el cuadro 8).

Cuadro 8 América Latina (13 países a/). Tasas de participación [de los jóvenes de 15 a 29 años de edad, según sexo y grupos etarios, zonas urbanas y rurales, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)]

Sexo	Grupo de edad	Alrededor de 1990		Alrededor de 2002	
		Urbano	Rural	Urbano	Rural
Ambos	15 - 19	36,7	50,3	34,5	46,2
	20 - 24	66,5	64,6	68,0	67,5
	25 - 29	75,2	65,2	79,1	70,8
	15 - 29	63,3	60,4	65,4	62,5
	30 - 64	70,8	65,5	75,8	70,3
Hombres	15 - 19	45,2	72,2	40,5	63,0
	20 - 24	81,5	93,3	80,0	90,9
	25 - 29	94,5	96,6	93,2	95,2
	15 - 29	78,4	87,5	76,6	84,1
	30 - 64	92,3	95,4	92,2	94,8
Mujeres	15 - 19	28,9	26,6	28,6	27,9
	20 - 24	53,3	35,5	56,7	42,8
	25-29	58,7	35,1	66,6	46,8
	15 - 29	50,2	32,8	55,2	40,1
	30 - 64	52,3	35,2	61,5	45,5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Notas: a/ En zonas urbanas considera a 13 países y en zonas rurales a solo 10 países.

Entre las mujeres jóvenes, el aumento de la participación ha sido moderado en las zonas urbanas, pero muy pronunciado en las zonas rurales. Aun así, entre las jóvenes rurales todavía se registran niveles de participación marcadamente más bajos que los de sus pares urbanas y que entre los hombres jóvenes de ambas zonas. De todas maneras, la creciente incorporación de las jóvenes de zonas rurales, aparte de la mayor cobertura de los sistemas escolares, parece indicar una gradual atenuación de arraigadas pautas culturales que asignan a las mujeres un papel centrado en los deberes del hogar.

2.2. Las tendencias del empleo juvenil

En la tasa de ocupación¹⁴ de los jóvenes se observa una pauta similar a aquella de la tasa de participación, a saber una mayor homogeneidad entre grupos educativos en el caso de los hombres – con la participación más alta en los grupos de menor nivel educativo – y un mayor heterogeneidad en el caso de las mujeres – con la participación más alta en los grupos de mayor nivel educativo. Mientras en el caso de los hombres esta situación refleja, sobre todo, el hecho de que una parte de los jóvenes de niveles educativos medios y altos todavía están estudiando, en el caso de las mujeres refleja más que todo las mencionadas limitaciones culturales y las pocas oportunidades de empleo para mujeres jóvenes de menor nivel educativo (familias de bajo nivel de ingreso, sobre todo en zonas rurales).

En el período de análisis la tasa de ocupación juvenil cambió poco, como resultado de la caída de la tasa de ocupación de los hombres jóvenes y su aumento en el caso de las jóvenes. Entre los

¹⁴ La tasa de ocupación representa la proporción de la población en edad de trabajar que se encuentra ocupada.

hombres jóvenes, todos los grupos educativos mostraron una ligera baja de su nivel de ocupación (véase el cuadro 9).

Cuadro 9 América Latina (16 países). Tasa de ocupación de los jóvenes de 15 a 29 años de edad, según nivel educacional alcanzado y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Años de estudio	Alrededor de 1990			Alrededor de 2002		
	Ambos	Hombre	Mujer	Ambos	Hombre	Mujer
0 a 3	52,3	76,7	28,2	54,1	75,9	30,0
4 a 6	55,2	77,1	32,9	56,2	76,3	34,5
7 a 9	40,9	55,8	26,5	42,1	55,2	28,3
10 a 12	48,0	59,6	38,0	47,4	57,9	38,3
13 y más	55,2	59,9	51,1	54,8	59,5	50,9
Total	49,0	66,5	32,6	49,4	64,2	36,1

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Entre las mujeres jóvenes, la tasa de ocupación subió en todos los grupos educativos, con excepción del grupo educativo más alto, lo que derivó en una leve reducción de la brecha de la tasa de ocupación entre los grupos educativos. Debido a efectos de composición, la brecha de la tasa de ocupación entre hombres y mujeres jóvenes se redujo en forma relativamente pronunciada, de 34 puntos porcentuales a inicios de los años noventa a 28 puntos un decenio después, si bien se mantiene alta¹⁵.

Por otra parte, en todos los sectores que tienen una participación creciente en el empleo, este aumento fue más pronunciado en el caso de los jóvenes. Destaca la rama de comercio, restaurantes y hoteles, que concentró gran parte de los nuevos puestos de trabajo para jóvenes y, mientras el peso de esta rama fue similar para los jóvenes y los adultos a inicios de los años noventa, 10 años después su gravitación fue mucho mayor para los jóvenes. De esta manera, por una parte se cumplieron las expectativas de que la expansión de ciertas actividades del sector terciario abriría nuevas oportunidades laborales para los jóvenes; y por otra, se perdieron, sin embargo, posibilidades de inserción, particularmente en la industria manufacturera (CEPAL y OIJ 2004: 218-221).

En la ocupación por quintiles de ingreso de los hogares, se advierten fuertes caídas bastante generalizadas de la tasa de ocupación de los hombres jóvenes, y marcados aumentos en el caso de las mujeres (véase cuadro 10). Como en el caso de la tasa de participación, se observa una mayor homogeneidad de las tasas por quintil entre los hombres —aunque son menos homogéneas que en el caso de las tasas de participación— que entre las mujeres. Llama la atención que, aun con los incrementos recientes, la tasa de ocupación para las mujeres jóvenes del primer quintil es inferior a la mitad del último quintil. De esta manera, resalta nuevamente la dificultad de las jóvenes de los hogares más pobres para insertarse en el mercado laboral.

¹⁵ Tanto entre los hombres como entre las mujeres, se incrementa la proporción de los grupos educativos más altos, pero estos grupos presentan tasas de ocupación inferiores al promedio en el caso de los hombres y superiores al promedio en el caso de las mujeres.

Cuadro 10 América Latina (16 países). Tasas de ocupación, según quintiles de ingreso per cápita del hogar y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Sexo		Total	Quintil I	Quintil II	Quintil III	Quintil IV	Quintil V
Alrededor 1990	Ambos sexos	49,0	34,7	44,8	51,3	56,1	59,6
	Hombres	66,5	54,5	65,1	69,7	72,0	69,5
	Mujeres	32,6	19,0	26,5	33,1	39,8	49,6
Alrededor 2002	Ambos sexos	49,8	37,6	47,2	52,8	56,4	57,6
	Hombres	63,7	54,0	63,6	67,3	67,4	65,2
	Mujeres	36,4	23,2	32,0	38,3	44,9	49,7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Respecto de la calidad y productividad del empleo, a continuación se diferencian los sectores de baja productividad —medidos con las variables *Proxy* de trabajadores por cuenta propia y no remunerados sin calificación profesional o técnica, asalariados de microempresas y empleadas domésticas— del resto de la economía. En el grupo más joven (15 a 19 años), los sectores de baja productividad tienen un mayor peso que entre los adultos, mientras en los otros dos grupos de jóvenes (20 a 24 y 25 a 29 años), esta participación es algo más baja (véase el cuadro 11). Esta mejoría entre los grupos etarios se debe, en gran parte, a la mayor inserción de los jóvenes de niveles educativos más altos en los tramos juveniles de mayor edad.

En el período de análisis, hubo un aumento generalizado del peso de estos sectores de baja productividad en la estructura ocupacional, lo que refleja la debilidad de la demanda laboral de los sectores más productivos en un contexto de bajo crecimiento económico. Por otra parte, la situación relativa de los diferentes grupos etarios no experimentó mayores cambios, ya que todos ellos registraron un empeoramiento similar.

Cuadro 11 América Latina (16 países). Porcentaje de personas ocupadas en sectores de baja productividad, según grupo de edad y sexo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Sexo	Grupo de edad	Alrededor de 1990	Alrededor de 2002
Ambos	15 - 19	63,3	69,1
	20 - 24	46,8	49,4
	25 - 29	42,7	45,1
	30 - 64	48,9	51,7
Hombres	15 - 19	59,7	67,3
	20 - 24	45,3	48,5
	25 - 29	41,2	43,7
	30 - 64	45,2	48,2
Mujeres	15 - 19	68,6	72,0
	20 - 24	48,6	50,5
	25 - 29	44,1	46,9
	30 - 64	54,9	56,6

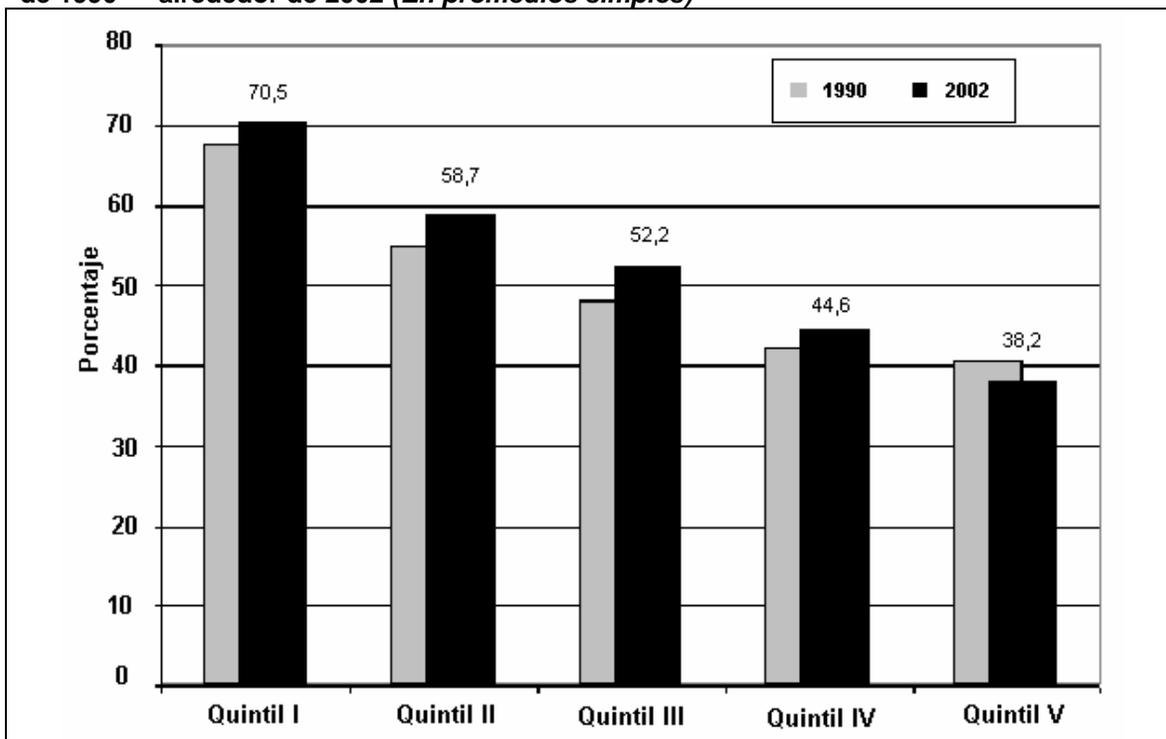
Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Las mujeres representaron una mayor proporción del empleo de baja productividad, con una brecha mayor entre las adultas y las más jóvenes (15 a 19 años) y una brecha relativamente pequeña respecto de las jóvenes de 20 a 24 y 25 a 29 años. Entre las mujeres que trabajan en sectores de baja productividad, un porcentaje importante corresponde a servicio doméstico. Sin embargo, su peso en la inserción laboral de las jóvenes —por lo menos en las zonas urbanas— ha disminuido recientemente¹⁶.

En casi todos los grupos de edad, así como a nivel agregado, la brecha entre la proporción de hombres y mujeres ocupados en los sectores de baja productividad disminuyó en el período de análisis, ya que esta proporción se incrementó más para los hombres que para las mujeres.

Como era de esperar, hay una clara correlación positiva entre el peso de los sectores de baja productividad en el empleo juvenil y el nivel de ingresos del hogar. Esta correlación se reforzó en el período de análisis, ya que el quintil más alto fue el único en que cayó la proporción de los sectores de baja productividad, con lo que la brecha entre el primero y el último quintil se amplió a 32 puntos porcentuales. Aparentemente, los jóvenes de los hogares más acomodados fueron quienes se beneficiaron de los procesos de modernización de una parte de la estructura productiva y del empleo ocurrido en América Latina durante los años noventa (véase el gráfico 1).

Gráfico 1 América Latina (15 países). Porcentaje de jóvenes entre 15 y 29 años de edad en empleos de baja productividad, según quintiles de ingreso per cápita del hogar, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares.

¹⁶ Según datos presentados por Schkolnik (2005, p. 53), en el período reciente la proporción de jóvenes (hombres y mujeres) que trabajan en el servicio doméstico —como porcentaje de la ocupación total—, descendió de 11,7% a 10,1% y de 6,3% a 5,5% para los grupos de 15 a 19 y de 20 a 24 años, respectivamente, mientras subió de 4,3% a 4,4% y de 4,0% a 4,5% para los grupos de 25 a 29 y de 30 a 59 años, respectivamente.

Una segunda correlación negativa fuerte existe entre el peso de los sectores de baja productividad y el nivel educativo de los jóvenes (véase el cuadro 12). En efecto, en los niveles educativos más bajos, la proporción de estos sectores triplica con creces la proporción correspondiente al nivel educativo más alto. Sin embargo, durante el período de análisis, el peso de los sectores de baja productividad se incrementó —en términos porcentuales— en mayor grado en los grupos educativos altos, lo que indicaría que en el contexto de un bajo dinamismo de las economías de la región y con el aumento de nivel educativo de los jóvenes que entran al mercado de trabajo, un número creciente de estos jóvenes con buena educación no encuentran un empleo acorde con su formación.

Cuadro 12 América Latina (15 países). Porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años de edad en empleos de baja productividad, según nivel educativo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Años de estudio	Alrededor de 1990			Alrededor de 2002		
	Ambos	Hombre	Mujer	Ambos	Hombre	Mujer
0 a 3	70,2	65,9	78,5	74,3	68,6	84,7
4 a 6	63,7	58,2	73,8	67,5	62,9	77,7
7 a 9	51,3	47,2	60,0	59,5	53,9	70,8
10 a 12	33,0	31,7	35,4	41,2	38,1	45,6
13 y más	15,3	16,0	14,7	18,8	19,3	18,4
Total	50,0	48,3	51,6	53,1	51,4	55,1

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Finalmente, los jóvenes suelen presentar una movilidad mucho mayor en su condición de actividad laboral, y sobre todo una mayor inestabilidad laboral. Para el caso chileno, Henríquez y Uribe-Echevarría (2003: 93) encontraron que, a lo largo de seis trimestres seguidos, solo un 23,3% de los jóvenes que durante algún momento formaron parte de la población económicamente activa estuvieron siempre ocupados, mientras el 34,3% registraron tránsitos entre la ocupación y la inactividad y el 42,4% tuvieron por lo menos una experiencia de desempleo. En comparación, para el grupo de 30 a 49 años las cifras reflejan una estabilidad mucho mayor: 60,4%; 19,8% y 19,8%, respectivamente. La elevada volatilidad macroeconómica que afectó a la región durante el período de análisis podría haber influido en estas situaciones de contraste, al dificultar el acceso de los jóvenes a puestos de trabajo más estables.

2.3. Las tendencias del desempleo juvenil

Es bien sabido que la tasa de desempleo de los jóvenes es mayor que la de los adultos, lo que se debe principalmente al hecho de que entre aquellos se concentran las personas que buscan empleo por primera vez, a los problemas de acceso de estos buscadores primerizos y a la mayor rotación entre el empleo y el desempleo o a la mayor inactividad laboral que caracteriza a los jóvenes en comparación con los adultos (Weller, 2003). En América Latina, la tasa de desempleo juvenil duplica con creces la de los adultos – un 16,1% comparado con un 7,0% a inicios de la presente década –, y la brecha entre jóvenes y adultos es parecida para hombres y mujeres. En el período de análisis, el desempleo aumentó para todos los grupos, pero en términos relativos un poco más para los adultos, de manera que la brecha entre ellos y los jóvenes disminuyó levemente.¹⁷ Entre

¹⁷ Para el grupo de 17 países con datos comparables para el período reciente, el desempleo subió de 12,8% a 16,1% entre los jóvenes, y de 4,8% a 7,0% entre los adultos, con lo que la tasa de los primeros superaba a la de los segundos en un 170% a inicios de los años noventa, y en un 130% una década después.

los jóvenes, la tasa de desempleo de las mujeres supera a la de los hombres en casi la mitad, sin que se observaran mayores cambios en el período de análisis (véase el cuadro 13).

Cuadro 13 América Latina (17 países). Tasa de desempleo, según sexo y grupos de edad, alrededor de 1999 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

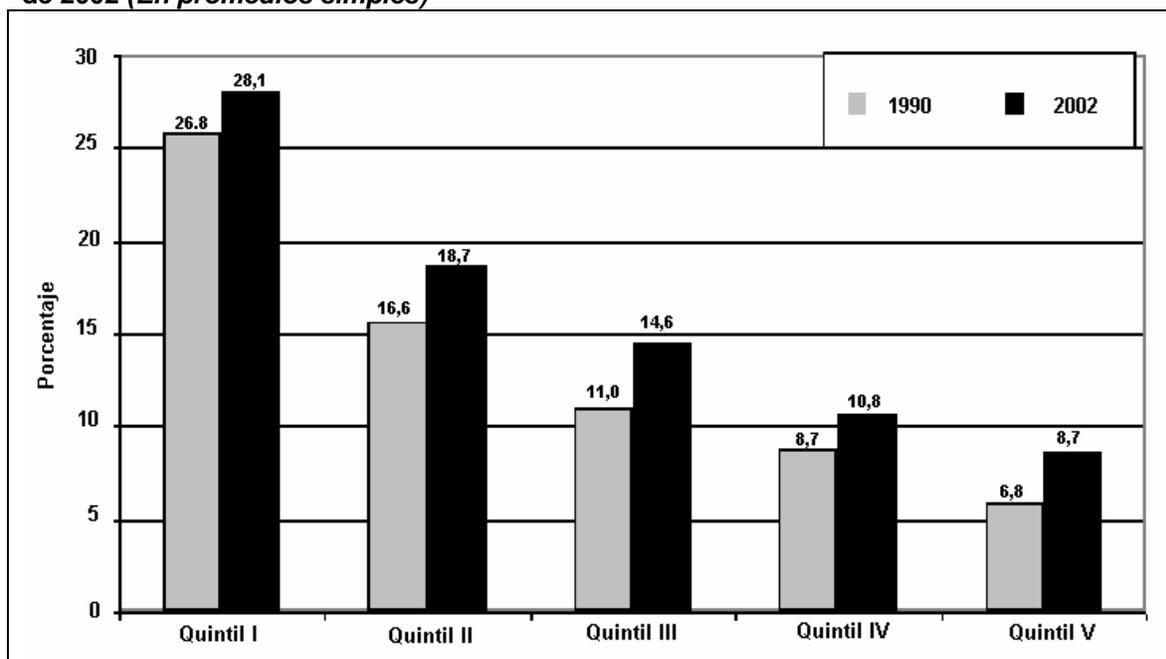
	Grupo de edad	Alrededor de 1990	Alrededor de 2002
Sexo Ambos	15 - 19	17,7	22,4
	20 - 24	13,4	17,3
	25 - 29	9,0	11,5
	30 - 64	4,8	7,0
Hombres	15 - 19	15,6	19,8
	20 - 24	11,2	14,5
	25 - 29	7,3	9,0
	30 - 64	4,3	6,0
Mujeres	15 - 19	22,1	27,1
	20 - 24	16,7	21,5
	25 - 29	11,7	14,8
	30 - 64	5,7	8,5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Al igual que en el caso de la tasa de participación, se observa una marcada diferencia entre la tasa de desempleo de jóvenes jefes de hogar y la aquellos que no lo son, registrando la tasa de desocupación de los jefes una magnitud de entre un tercio (hombres) y la mitad (mujeres) respecto de la de quienes no son jefes de hogar. Esta diferencia se explica, por una parte, por el hecho de que el jefe de hogar suele definirse —entre otros factores— según quien es el principal proveedor de ingresos. Esta disparidad obedece también a la apremiante necesidad de los jefes de hogar de percibir ingresos, lo que se da de manera más atenuada para los otros jóvenes. Durante el período de análisis, las mujeres no jefas de hogar —cuya tasa de participación había aumentado pronunciadamente— también eran el grupo que había mostrado el mayor incremento en la tasa de desempleo.

Existe una marcada correlación negativa entre el nivel de desempleo de los jóvenes y los ingresos del hogar. A inicios de la presente década, en el primer quintil, la tasa de desempleo juvenil alcanzó casi al 30%, más del triple de la registrada para el quinto quintil. En el período de análisis, sin embargo, este último quintil sufrió el mayor aumento proporcional de la tasa de desempleo, en parte posiblemente como consecuencia del mayor “desempleo académico” citado con anterioridad. Además, la pertenencia a hogares acomodados permite períodos más prolongados de espera y búsqueda, sin mayores sacrificios del bienestar de los miembros del hogar (véase el gráfico 2).

Gráfico 2 América Latina (17 países). Tasa de desempleo entre los jóvenes de 15 a 29 años de edad, según quintiles de ingreso per cápita del hogar, alrededor de 1999 – alrededor de 2002 (En promedios simples)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Finalmente, cabe destacar que no existen grandes diferencias en el tiempo de búsqueda de trabajo entre cesantes jóvenes y adultos, lo que indica que los primeros en general no tienen mayores problemas de acceso al mercado de trabajo, aunque hay grupos específicos que sí pueden enfrentar problemas mayores (Weller, 2003). Por ejemplo, las mujeres jóvenes registran tiempos de búsqueda más prolongados que sus pares masculinos, aunque con una brecha menor que la registrada entre mujeres y hombres adultos.

En general, sin embargo, los problemas específicos de los jóvenes —en comparación con los adultos— se concentran en las características de los puestos disponibles, más que en el acceso a estos puestos como tales. Como ya se mencionó, se ha observado una mayor inestabilidad laboral de los jóvenes en comparación con los adultos, lo que también se refleja en que los jóvenes presentan un alto porcentaje de contratos de corta duración (Fajnzylber y Reyes, 2005). Esta mayor inestabilidad explica gran parte de la tasa de desempleo de los jóvenes, que es más alta en comparación con los adultos. Por otra parte, el empeoramiento reciente de la situación laboral, específicamente el incremento del desempleo juvenil, es más el reflejo del deterioro general de los mercados de trabajo de la región que de aspectos específicos que afectan a los jóvenes.

2.4. Las tendencias de los ingresos laborales

En esta sección preguntamos, sobre todo, por dos aspectos: primero, ¿en qué nivel se encuentran y cómo evolucionaron los ingresos laborales absolutos y relativos de los jóvenes entre el inicio y el fin del período de análisis? Y segundo, ¿qué son las perspectivas de ingreso de una cohorte de edad y sus segmentos?

Como se observa en el cuadro 14, en términos de la línea de pobreza, el ingreso de todos los grupos de edad se mantuvo estable en el promedio simple de los países con información comparable.

Cuadro 14 América Latina (16 países). Ingreso laboral de los jóvenes relativos a la línea de pobreza y al ingreso medio del adulto correspondiente, por grupo de edad, según sexo, alrededor de 1990 – alrededor de 2002 (En promedios simples)

Sexo	Alrededor de 1990			Alrededor de 2002		
	15-19 años	20-24 años	25-29 años	15-19 años	20-24 años	25-29 años
	Ingreso relativo a la línea de pobreza			Ingreso relativo a la línea de pobreza		
Ambos sexos	1,5	2,6	3,5	1,5	2,6	3,5
Hombres	1,6	2,8	3,9	1,6	2,8	3,9
Mujeres	1,4	2,2	2,9	1,3	2,3	3,0
	Ingreso relativo al ingreso medio del adulto correspondiente			Ingreso relativo al ingreso medio del adulto correspondiente		
Ambos sexos	33,0	56,9	78,0	32,6	57,0	77,2
Hombres	29,6	52,8	74,2	29,6	53,0	73,3
Mujeres	43,6	70,9	92,1	38,7	66,2	86,7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Existe una gran brecha entre los ingresos de los jóvenes y los adultos, a causa de que estos últimos reciben un “premio a la experiencia”. Lógicamente, la brecha se reduce con el aumento de la edad (y la experiencia) de los jóvenes. Mientras los más jóvenes de 15 a 19 años (con un ingreso medio de aproximadamente 1,5 veces la línea de pobreza) en promedio ganan un tercio de los ingresos medios de los adultos, los jóvenes de 20 a 24 años ganan más de la mitad (2,6 veces la línea de pobreza), y los jóvenes de 25 a 29 años más de las tres cuartas partes (3,5 veces la línea de pobreza) del ingreso medio de los adultos, quienes en promedio tienen un ingreso que corresponde a 4,6 veces la línea de pobreza. Durante el período de análisis, al igual que los ingresos reales —medidos en términos de la línea de pobreza—, estas brechas se han mantenido estables.

La brecha es claramente mayor para los hombres que para las mujeres jóvenes, lo que indica que las mujeres, a lo largo de su vida laboral, reciben un menor premio a la experiencia que los hombres, sea porque realmente en promedio acumulan menos experiencia debido a sus trayectorias laborales más interrumpidas, sea por prácticas discriminatorias en las remuneraciones o, como indican los estudios correspondientes, debido a ambos factores.

La brecha salarial entre jóvenes y adultos suele ser mayor en los niveles educativos más altos y menor en los niveles educativos bajos. En parte, esto se debe a que la experiencia, considerada como el segundo elemento importante de la definición de los salarios relativos, juega un papel preponderante en el caso de la mano de obra calificada, dado que allí existe mayor espacio para el desarrollo de habilidades adicionales que en las ocupaciones más sencillas. Hay que considerar que en estas últimas la energía física es un componente relevante del desempeño.¹⁸

¹⁸ Además, hay que tomar en cuenta que, dentro de cada grupo etario, las personas con menor nivel educativo tienen potencialmente un mayor número de años de experiencia laboral, debido a su inserción más temprana en el mercado de trabajo.

En este contexto llama la atención que en el período de análisis, mientras la literatura indica que en el conjunto del mercado de trabajo la brecha salarial entre los más calificados y los otros grupos educativos ha ensanchado claramente (BID, 2003), la evidencia es mixta para los diferentes subgrupos etarios de jóvenes. Los jóvenes más calificados (13 años y más de estudios) mejoraron su ingreso relativo respecto a los otros grupos educativos, en el grupo etario de 25 a 29 años, pero no así en el de 20 a 24 años (véase cuadro 15). El segundo grupo educativo más alto (10 a 12 años), por otra parte, registra un empeoramiento generalizado respecto a los otros grupos. Es interesante notar que las tendencias fueron distintas entre los adultos, donde el grupo de 10 a 12 años de educación y, sobre todo, el grupo más educado mejoraron sus ingresos relativos a los otros grupos educativos.

Cuadro 15 América Latina (16 países). Ingreso laboral relativo al ingreso medio de los ocupados con 10 a 12 años de estudio del grupo de edad correspondiente, por grupo de edad, según nivel educativo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Años de estudio	Alrededor de 1990				Alrededor de 2002			
	15-19 años	20-24 años	25-29 años	30-64 años	15-19 años	20-24 años	25-29 años	30-64 años
Total	74,0	86,4	89,6	82,2	89,9	92,3	100,0	95,9
4-6 años	72,2	80,2	67,3	66,3	87,4	79,0	73,5	64,7
7-9 años	77,2	82,0	83,0	79,3	87,4	86,0	84,3	75,9
10-12 años	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
13 años y más	—	127,9	148,9	170,7	—	125,8	164,2	214,9

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Estos resultados sorprenden, porque contradicen la hipótesis ampliamente compartida de que los profundos cambios tecnológicos recientes hayan dado ventajas competitivas a los jóvenes más educados, con habilidades en nuevos campos tecnológicos, habilidades que son más difíciles de adquirir por los adultos que se formaron en el contexto de otros paradigmas tecnológicos, hoy en día parcialmente obsoletos. Respecto al grupo de 10 a 12 años de educación estas tendencias posiblemente se deben a que, en el período de análisis, el fuerte aumento de la cobertura de la educación secundaria ha “devaluado” este logro de estudios, y los jóvenes con este nivel educativo que entraron en forma masiva al mercado de trabajo vieron caer sus ingresos relativos. Respecto al grupo más educado, dados los problemas para encontrar empleo en puestos de trabajo conforme a su nivel educativo (creciente “desempleo académico”), una parte de los nuevos entrantes al mercado laboral habrían tenido que emplearse en puestos por debajo de su nivel de calificación, lo que afectaría negativamente los ingresos medios del grupo educativo correspondiente.

Existen importantes brechas de ingresos entre hombres y mujeres jóvenes, tanto en su conjunto como para grupos educativos específicos. Esta brecha crece con el aumento de la edad, ya que, en promedio, el ingreso de las mujeres alcanza, en el 2002, al 87% del ingreso promedio en el grupo de 15 a 19 años, al 81% en el grupo de 20 a 24 años y al 76% en el grupo de 25 a 29 años (véase el cuadro 16). Por lo tanto, nuevamente se observa cómo la mayor experiencia potencial, en el caso de las mujeres, no se premia en la misma magnitud que en el caso de los hombres.

Cuadro 16 América Latina (16 países). Ingreso laboral relativo de las mujeres jóvenes respecto del ingreso medio de los hombres jóvenes correspondientes, por grupo de edad, según nivel educativo, alrededor de 1990 — alrededor de 2002 (En promedios simples)

Años de estudio	Alrededor 1990			Alrededor 2002		
	15-19 años	20-24 años	25-29 años	15-19 años	20-24 años	25-29 años
0-3 años	94,0	76,3	62,8	75,0	62,1	56,6
4-6 años	79,1	64,8	62,4	83,1	67,7	57,8
7-9 años	83,2	68,8	61,1	83,2	68,9	58,5
10-12 años	104,1	85,0	71,7	89,4	78,2	69,8
13 años y más	...	77,0	75,4	90,9	84,4	76,4

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Un resultado interesante es que, mientras en la literatura —por ejemplo, CEPAL (2001)— se muestra que la brecha de ingresos entre hombres y mujeres, en general, es mayor para los niveles educativos altos que para los bajos e intermedios, esto no ocurre entre los jóvenes. En efecto, la brecha de ingresos para las jóvenes con más alto nivel de educación con respecto a los otros grupos educativos, es la más baja en los tres subgrupos etarios juveniles. Esto podría significar que los ingresos relativos de este grupo de mujeres sufren el mayor retroceso posterior, cuando los hombres de alto nivel educativo obtienen elevados premios por su experiencia, mientras los premios a la experiencia de las mujeres, debido a la interrupción de su carrera (maternidad) y la discriminación salarial, crecerían en menor magnitud. Se puede plantear también, alternativa o complementariamente, la hipótesis de que existe una tendencia de menor discriminación para las mujeres jóvenes más educadas, que crecientemente lograrían defender sus derechos a un pago igual al de los hombres de similar capacidad.¹⁹ Esta última hipótesis se vería confirmada por el hecho de que las jóvenes de mejor nivel educativo, de 20 a 29 años, pudieron reducir la brecha de ingreso respecto de sus pares masculinos, mientras la pauta predominante entre los otros grupos educativos fue, al contrario, una ampliación de las brechas, lo que indicaría que no se da ninguna tendencia generalizada de menor discriminación.

3. Conclusiones

La inserción laboral de los jóvenes y sus características juegan un papel clave para la superación de la pobreza, tanto en el corto como en el largo plazo. Se han identificado algunos procesos en la oferta (tendencias demográficas y de educación), de la demanda (sesgo a favor de ciertas habilidades relacionadas con el cambio tecnológico, evolución sectorial del empleo) y del funcionamiento de los mercados de trabajo (mayor flexibilidad) que favorecerían la inserción laboral de los jóvenes, en comparación con aquella de los adultos. Sin embargo, la información estadística muestra que, primero, la heterogeneidad de los jóvenes, en términos de acceso a capital humano, social y cultural, implica que la capacidad de aprovechar estas oportunidades se distribuye en forma muy desigual y que, segundo, el contexto macroeconómico poco favorable a la generación de empleo en general representa un entorno que no permite que estas ventajas relativas se aprovechan.

De hecho, durante el período de análisis (años noventa e inicios de la década actual), la situación laboral de los jóvenes latinoamericanos se ha deteriorado. Esto se refleja en el aumento del desempleo y la concentración creciente del empleo juvenil en los sectores de baja productividad.

¹⁹ Schkolnik (2005, p. 37) muestra pautas muy similares de inserción ocupacional para hombres y mujeres jóvenes de alto nivel educativo.

Este empeoramiento obedeció a tendencias generales en los mercados de trabajo de la región, que sufrieron un nuevo deterioro de las condiciones de empleo e ingresos, sobre todo a partir de fines de los años noventa, debido a las malas condiciones macroeconómicas. La volatilidad del crecimiento económico que caracterizó al período de análisis ha afectado, en particular, a la inserción laboral de los jóvenes.

Contrariamente a lo que hubiese podido esperarse sobre la base de las hipótesis de las ventajas competitivas de los jóvenes, provenientes de tendencias de oferta, demanda y del funcionamiento del mercado de trabajo, en el período de análisis no solamente se registró un empeoramiento **absoluto** de la situación laboral de los jóvenes; además, no se observó una mejoría de su situación laboral **relativa** con respecto a los adultos. Específicamente, la mayor flexibilidad —si bien es visto como una oportunidad por un segmento de jóvenes— para muchos de ellos, más que favorecerlos dificulta la construcción de trayectorias laborales ascendentes. De hecho, la creciente inestabilidad e incertidumbre imperantes en los mercados de trabajo afectan notoriamente a los jóvenes, muchos de los cuales ven en la emigración una alternativa para construirse un futuro laboral más prometedor. La presión económica, además, obligó a un número elevado y creciente de jóvenes a combinar el estudio con el trabajo. Si bien en ciertos casos esto puede facilitar la futura inserción laboral, al permitir primeros conocimientos del mundo del trabajo, en otros constituye una tendencia desfavorable debido al impacto negativo en el rendimiento de los estudios.

La débil demanda laboral causada por el contexto macroeconómico poco dinámico obstaculizó el aprovechamiento de las habilidades de un importante sector de jóvenes calificados, ya que en este contexto de poca expansión el mercado frecuentemente demandó la combinación de calificación y experiencia, más que sólo las habilidades en el manejo de nuevas tecnologías (Weller, 2006).

Por otra parte, hay noticias positivas, sobre todo en el ámbito de la mayor asistencia al sistema educativo y la mayor participación y ocupación de las mujeres jóvenes. La mayor asistencia y progresión educativa incidió en una caída de la tasa de participación de los hombres jóvenes, mientras ha bajado la proporción de jóvenes que no estudian ni trabajan, ni buscan empleo. En el caso de las mujeres, esta tendencia fue compensada con creces por una mayor inserción laboral, en tanto que la proporción de jóvenes que se dedican a los oficios del hogar descendió marcadamente. Si bien, nuevamente, en muchos casos el motivo de este aumento, sobre todo en el caso de los hogares más pobres, es la presión por mejores ingresos, al mismo tiempo se abren nuevos espacios de desarrollo individual y social para muchas jóvenes. Destaca el fuerte incremento del empleo de mujeres jóvenes en las zonas rurales, y en ello influye —aparentemente— un cambio cultural que les da más espacio a las mujeres, con nuevas oportunidades de empleo remunerado en la agricultura y rubros no agropecuarios.

Aun así, las mujeres jóvenes de hogares pobres, muchas de ellas provenientes de hogares rurales y con bajos niveles de educación, pueden considerarse como el grupo específico con menos oportunidades laborales, ya que combinan cuatro elementos que obstaculizan, en mayor o menor grado, el acceso a empleos de buena calidad. De hecho, en la información detallada en este trabajo se ha subrayado la segmentación de los jóvenes y las grandes brechas que existen dentro de grupos etarios específicos según su género, nivel educativo, hogar de origen y zonas de residencia. Esto implica un impacto desigual de las citadas tendencias generales favorables a la inserción laboral juvenil, así como para un potencial mayor impacto de esta inserción en la pobreza. Específicamente, cualquier política para el fomento de la inserción laboral juvenil tiene que definir claramente su grupo meta y focalizar sus instrumentos de manera correspondiente.

Las *mujeres jóvenes* siguen registrando condiciones de inserción más desfavorables que sus coetarios masculinos, como lo indican, sobre todo, la mayor tasa de desempleo, la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad y los ingresos más bajos, aun con los mismos niveles de educación. En algunas variables, como la proporción del empleo en sectores de baja productividad y los ingresos relativos de las mujeres con nivel educativo más alto, las brechas se han acortado recientemente; pero en otras, como el desempleo y los ingresos medios, no hubo mejorías.

La *educación* sigue siendo una variable clave para la mejoría de las perspectivas laborales de los jóvenes, y así parece entenderlo un creciente número de hogares. Esto, junto con las políticas de educación de los países, ha incidido en los aumentos de la asistencia a los diferentes niveles de educación. Sin embargo, en el período de análisis también se advierte que en un período de estancamiento o crisis económica el mayor logro educativo no es garantía para una inserción laboral exitosa, como lo ilustran la caída del ingreso relativo de los jóvenes con 10 y 12 años de estudio —y en el grupo de 20 a 24 años, incluso de los jóvenes con 13 y más años de estudio—, el incremento del “desempleo académico” y la mayor proporción de jóvenes con alto nivel educativo que trabajan en sectores de baja productividad.

El *hogar de origen* incide nítidamente en las oportunidades laborales, y los jóvenes miembros de hogares acomodados disfrutaron en general de condiciones laborales más favorables —mayor tasa de ocupación, menor tasa de desempleo, menor proporción de empleo en sectores de baja productividad— que sus pares de hogares más pobres. En el período de análisis, algunas de estas brechas incluso se agrandaron, lo que se ilustra en la mayor proporción de empleo en sectores de baja productividad, mientras otras se cerraron parcialmente (tasas de participación, ocupación y desempleo). Más que una mayor equidad, ello parece indicar que, en situaciones de bajo dinamismo económico, los jóvenes de hogares más ricos prolongaron su permanencia en el sistema educativo y que sus hogares permitieron un lapso mayor de desempleo antes que exigir la inserción en empleos no deseados.

Por otra parte, una efectiva contribución de la inserción laboral de los jóvenes a la superación de la pobreza enfrenta una serie de obstáculos. Los datos indican, más bien, que los jóvenes procedentes de los hogares más pobres son aquellos con los mayores problemas de inserción laboral, como lo indica su baja tasa de participación (caso de mujeres), la elevada proporción de jóvenes en oficios domésticos y otras formas de inactividad económica, las bajas tasas de ocupación (nuevamente, sobre todo para las mujeres), la alta proporción de la inserción en actividades de baja productividad, y los elevados niveles de desempleo abierto. Además, el desempleo del jefe de hogar adulto tiende a presionar hacia una (temprana) inserción laboral, lo que afecta la trayectoria laboral futura de los jóvenes.

En términos de la *zona de residencia*, la falta de oportunidades de educación y de empleo remunerado en las zonas rurales conduce a un resultado combinado de una inserción laboral demasiado temprana, sobre todo entre los hombres, con obstáculos a la inserción (especialmente entre las mujeres). No obstante, en este aspecto se han podido observar algunos avances recientes.

Finalmente, es importante resaltar cómo mejoran las condiciones laborales relativas medias de los jóvenes al avanzar de un grupo etario a otro. Esto se debe, en parte, a un cambio en la composición de la cohorte, pues la composición educativa mejora y gradualmente se incorporan a la fuerza de trabajo los jóvenes con mayores niveles de educación. Pero también, grupos más homogéneos de jóvenes mejoran su inserción en el trabajo al acumular experiencia laboral, tanto con respecto a habilidades “duras”—tales como los conocimientos sobre instrumentos y procesos de trabajo, y el funcionamiento del mercado laboral y las empresas— como a destrezas “blandas”

—tales como las actitudes y disposiciones. Sin embargo, los premios a esta mayor experiencia varían mucho. En efecto, los ingresos de las mujeres, en general, y de los jóvenes de bajo nivel educativo suben menos a lo largo de su vida laboral que los de los más educados, sobre todo entre los hombres. Esto subraya la importancia de aplicar medidas antidiscriminatorias, así como de apoyar la continuidad educativa para una exitosa inserción en el mercado del trabajo, no solo al inicio sino a lo largo de la vida laboral juvenil.

Referencias Bibliográficas

- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (2003), *“Se buscan buenos empleos”*, BID, Washington, D.C.
- CEPAL (2006), *“Panorama Social de América Latina 2005”*, CEPAL, Santiago.
- (2002), *“Panorama Social de América Latina 2001-2002”*, CEPAL, Santiago.
- CEPAL-CELADE 2004, *“Boletín Demográfico No. 73, América Latina y Caribe: Estimaciones y Proyecciones de Población. 1950-2050”*, CEPAL, Santiago.
- (2000), *“Juventud, población y desarrollo en América latina y el Caribe. Problemas, oportunidades y desafíos”* CEPAL, Santiago.
- CEPAL y OIJ (2004), *“La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias”*, CEPAL, Santiago.
- Fajnzyblber, Eduardo y Gonzalo Reyes (2005), *“Dinámica del empleo juvenil: Resultados preliminares con datos del seguro de cesantía”*, Expansiva, en foco, no.54, Santiago.
- Jiménez L., Luís Felipe y Nora Ruedi A. (1997), *“Rasgos estilizados de la distribución del ingreso en cinco países de América Latina y lineamientos generales para una política distributiva”*, *Serie Financiamiento del desarrollo*, No.72, CEPAL, Santiago.
- Naciones Unidas (2005), *“Objetivos de desarrollo del milenio. Una mirada desde América Latina y el Caribe”*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Schkolnik, Mariana (2005), *“Caracterización de la inserción laboral de los jóvenes”*, *Serie Políticas Sociales*, No. 104, División de Desarrollo Social, CEPAL, Santiago.
- (2003), *“Inserción laboral de los jóvenes”*, Fundación Chile 21, Documento de trabajo No.3, Santiago.
- Weller, Jürgen (ed.) (2006), *“Los jóvenes y el empleo en América Latina. Desafíos y perspectivas ante el nuevo escenario laboral”*, CEPAL, Ediciones Mayol, GTZ, Bogotá
- (2003), *“La problemática inserción laboral de los y las jóvenes”*, *serie Macroeconomía del desarrollo*, N° 28 (LC/L.2029-P), CEPAL, Santiago.